

Primera comunión

José Manuel Ríos Guerra



EL DEPARTAMENTO EN EL QUE VIVÍAMOS era tan pequeño que todo se escuchaba. La intimidad era imposible. Por eso, cuando Gloria, mi madre, me dijo que me iban a bautizar yo ya lo sabía y no pude fingir sorpresa. En la noche había escuchado una discusión entre ella y Alejandro. Gloria insistía en que yo estaba muy grande para andar así por el mundo sin bautizar, que me podía pasar algo, que nunca llegaría al cielo y que no era nada malo; Alejandro decía que el bautizo no era nada bueno para nadie y que el cielo y el infierno sólo eran un invento de las religiones. Al final, mi madre terminó la disputa cuando dijo:

—Pues es mi hijo, así que no te metas.

Después de esa frase se hizo el silencio. No supe en qué momento me quedé dormido.

Para convencerme, Gloria me dijo que había estado pensando en mí y que había sido una imprudencia no bautizarme cuando era un bebé.

—No es nada malo, si Dios no existe, nada va a pasarte, pero ¿qué tal si sí?

—¿Y qué se siente? —le pregunté a Alejandro.

—Pues vas a sentir que la virgen te habla; pero tú no le hagas caso, estás muy chico para andar hablando con vírgenes, esas déjamelas a mí.

—¡Alejandro! No le digas esas cosas. Para sentir algo se necesita tener fe. Nosotros no te la hemos inculcado, por lo que sólo será un trámite; pero si algún día crees, no está de más que te bautices, y entre más pronto mejor.

Cuando Gloria tenía dieciocho años quedó embarazada y su novio la abandonó. Pasaron los nueve meses de rigor y nació yo. Fui el escándalo de la abuela que al verme me tomó de los tobillos y me puso de cabeza.

—Tiene la marca del indio —dijo mientras veía un lunar en mi espalda baja.

Lo que en realidad molestaba a la abuela era mi piel morena. Gloria, para llevarle la contra, no dejó que me bautizaran. Por lo que la abuela siempre me vio como un ser extraño, como algo inferior, casi un animal. Ella nunca me hablaba por mi nombre y siempre me decía Solovino.

Vivimos seis años con ella. En ese tiempo Gloria estudió enfermería. Un día, la abuela me dejó sin comer (porque rompí su mecedora que después utilicé como trinchera contra ella), y Gloria decidió que era mejor buscar un departamento para nosotros dos. Tiempo después conoció a Alejandro y nos juntamos a vivir los tres.

Acepté el bautismo para dejar tranquila a mamá. Pasaron los días que se convirtieron en semanas, hasta que un día Gloria llegó con un chaleco blanco que ella misma me había bordado.

—Te queda divino.

—Nunca me dijiste que tenía que vestirme de angelito.

—¿Dónde le ves las alas?

—Es que además vas a hacer tu primera comunión; el sacerdote aceptó bautismo y comunión sin que tengas que ir al catecismo, sólo tuvimos que dar una pequeña limosna.

—¡Alejandro! No se tiene que enterar de todo. Además, te tengo una sorpresa, tu abuela va a venir al bautizo.

Gloria se veía emocionada, tenía años que no veía a su madre. A mí no me entusiasmaba para nada.

Al parecer la mordida que dieron para el bautizo y la primera comunión no fue suficiente. Tuve que tomar el catecismo *express* con otros niños. Me arrepentí de aceptar el trámite. Era muy aburrido pasar todas las tardes escuchando las historias de la Biblia. Andrea, la catequista, era una mujer joven que siempre nos veía con tristeza, parecía que podía advertir que nuestra alma ya estaba condenada. En una ocasión un niño

preguntó: Si Dios es bueno y todopoderoso, ¿por qué hay mal en el mundo?

La catequista se quedó callada, meditando. Todos hicimos lo mismo. Intenté una respuesta: El mal en el mundo lo introducen los hombres.

Andrea nos dijo que a pesar de que yo no sabía nada, de que no estaba bautizado y no acostumbraba a ir a la iglesia, Dios me había iluminado y me había revelado la verdad. Yo pensé que era muy injusto, porque todo lo malo siempre iba a ser mi culpa, y cuando tuviera una idea buena, el mérito sería de Él.

Cuando llegó la abuela, le cedí mi cama y tuve que dormir en el sillón toda la semana. Ella impregnó su olor por toda la casa, no me dejó dormir por su ronquidos y me siguió tratando mal.

—Solovino, tráeme mis dientes —mandaba la viejita.

Yo le traía lo que me pedía. Ella se veía muy débil y yo pensaba que, aunque seguía siendo un enclenque, podía vencerla si se me ponía al brinco.

El día del bautizo desperté con dolor de cabeza. Le dije a Gloria y me dio una pastilla. El dolor cedió un poco, pero me sentí mareado. Alejandro me dio una pastilla para el mareo.

En la iglesia, Gloria tomó un poco de agua bendita para persignarse, luego nos hizo señas a Alejandro y a mí para que hiciéramos lo mismo. En la parte izquierda del templo estaban los niños con sus ropones. La abuela se acercó y me dijo:

—Menos mal que a tu madre no se le ocurrió ponerte un ropón.

—También dan la extremaunción por allá, ¿por qué no se acerca?

La abuela me lanzó una mirada tan cercana a la indignación que pensé que me había escuchado, pero no, ella me veía así siempre.

Se iniciaron los bautizos y todos los niños lloraban mientras les ponían el agua bendita. Cuando tocó mi

turno y el agua helada mojó mi nuca y descendió por el cuello, no sentí que la virgen me hablara o al espíritu santo sobre mí, no sentí nada.

Salimos de la iglesia porque faltaba una hora para que empezaran las comuniones. Afuera había kermés y Gloria me compró unas galletas. Todavía me sentía un poco mareado, pero las galletas eran de nata, algo que no comía todos los días. Me atraganté de galletas sin darle a la abuela.

—Solovino, dame una.

—No, viejita, eso le hace daño para su diabetes.

—Si eso es de lo único que no estoy enferma.

—Hay que prevenir, cuero viejo, que lo quiero para tambor.

Cuando regresamos a la iglesia, Gloria empezó a darme instrucciones sobre la confesión y la comunión.

—Cuando el padre te diga Ave María Purísima, debes contestar sin pecado concebida. Y cuando te diga el cuerpo de Cristo, le contestas amén.

—Ya sé mamá, Andrea nos dijo eso ayer.

Se inició la misa. Cuando el padre daba el sermón nos hicieron pasar al confesionario.

—Ave María Purísima —me dijo el padre.

—Sin pecado concebida.

—Dime tus pecados.

—Pues creo que no tengo ninguno, padre.

—Pues ese ya es un pecado, la soberbia. ¿Sabes qué es la soberbia?

—No tener ningún pecado, según lo que usted dice.

—La ignorancia no te salva. Te voy a decir cómo se puede pecar y así me dices cuál es tu pecado. Hay tres formas de pecar: de pensamiento, palabra, obra u omisión.

—Entonces son cuatro.

—Las que sean, nadie está libre de pecado. ¿No has pensado mal alguna vez, no has hecho o dicho algo que moleste al Señor? También puedes pecar de omisión cuando no haces algo que deberías haber hecho.

—¿Decir groserías es pecado?

—Sí.

—Entonces, no recuerdo ningún pecado.

Parece que el sacerdote no escuchó o ya estaba harto de mí.

—Cuando la misa termine, tienes que rezar diez padrenuestros y diez avemarías con sus glorias. Yo te absuelvo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Ve con Dios.

Me levanté y fui a sentarme con los demás niños; todos traíamos una vela, una Biblia y un rosario. El olor de las velas comenzó a marearme más. El sacerdote dio un sermón tan largo que la abuela se quedó dormida, Gloria se la pasó cabeceando toda la misa y Alejandro se entretuvo haciéndome caras.

Llegó el momento de la comunión y todos nos formamos. El olor de las velas se hizo más penetrante. Llegó mi turno.

—El cuerpo de Cristo.

—Amén.

Sentí cómo el cuerpo de Cristo se me pegaba al paladar; además, el vino me provocó náuseas. La abuela se acercó y me dijo que no lo podía morder, así que metí el dedo índice para podérmelo pasar. La viejita alarmada dijo:

—¿Qué haces?

—Es que se me atoró.

No terminé de decir eso cuando ya estaba vomitando. Gloria y Andrea me abrazaron y me ayudaron a salir del templo. La abuela gritó que traía el diablo adentro y lo estaba expulsando; Alejandro, que no era el diablo, que era el cuerpo y la sangre de Cristo. Yo sabía que eran las galletas de nata. ■■

